

esta que debemos sorprenderlo tanto como los demás. ¿No le parece á usted así, Luciana.

—Nada más natural. Tiene usted razón.

—Indagarán la causa del extraño suicidio; ¡pero cuántas otras muertes no quedan sin explicación!

—Es verdad.

Luciana añadió, no sin aviesa intención

—De no ser cogido desvalijando á un transeunte en la calle, se puede contar con la impunidad. ¿Pero que dirá el barón Noel? ¡Los dos hermanos se adoraban!

Aquí estaba el peligro.

Luciana lo señalaba con esta frase breve pero amenazadora.

La hermosa rubia inclinó la cabeza sobre el pecho al sentir aquella especie de flecha.

Pero pronto la irguió, y amenazó con el puño á una persona invisible como si la quisiera desafiar.

Levantóse y dijo brevemente.

—¿Me promete usted callar?

—Sí.

—Me basta. El resto no me importa. Silencio y hace usted su suerte.

—¿Se queda usted sola?

—Sí.

—¿No me necesita usted ya?

—No... mañana al amanecer levántese usted, y venga á llamarme.

—Bien, señora.

Luciana arregló la habitación, preparó el lecho de su señora, y se fué.

La joven echó el cerrojo á su puerta para poner un obstáculo entre ella y el cadáver que habia de turbar sus sueños más de una vez.

No durmió.

Lo mismo que el duque, tenia constantemente ante los ojos la lívida cabeza del hombre que la habia elevado de la nada para hacerla objeto de envidia por su hermosura y su opulencia. Aquella amenazadora faz la seguía á todas partes, y junto á ella otra, la del barón Noel, cuyos ojos escudriñaban el fondo de su alma, mientras «¿qué has hecho de mi hermano?» repetía su voz.

La noche le pareció un siglo.

Amaneció, por fin, un triste y plomizo día de invierno, menos lúgubre y negro que el fondo de su corazón.

VI

EL BARON NOEL.

Es raro que transcurra un año en París sin que la curiosidad pública sea excitada por algún ruidoso suicidio ó alguna muerte misteriosa cuyo secreto permanece impenetrable.

Durante algunos días promuévese un rumor confuso, una multitud de suposiciones más ó menos erróneas y un montón de historias que honran

la inventiva de quienes las propalan, comunmente sin otro fin que el de pasar por mejor informados. Al mes el suceso queda sepultado en el abismo del olvido.

Ha espirado su término.

Creemos, en honra de la policia, que ésta conoce muchos misterios y los envuelve en benévola sombra.

De otro modo su ignorancia daría mediana idea de sus aptitudes.

La muerte del barón Santiago Bresson dió origen á infinitos comentarios.

Tenia cuanto puede hacer grata la existencia.

Su fortuna no era de las incluídas entre las escandalosas acumulaciones de millones producto del agiotage ó de las sociedades viciosas que dan golpes sinjistros en esa selva de Bondy, llamada la Bolsa, sino de las logradas entre los honrados negocios comerciales é industriales de la antigua Francia. Era bastante sólida para resistir los más furiosos combates.

Santiago Bresson gozaba, como su hermano Noel de universal aprecio.

La intimidad de los dos era notoria. Pasaban, con razón, por los hermanos Siameses de la Banca.

Su constitución era robusta y le prometía largos años de vida.

En fin, para colmo de dicha, el barón Santiago tenía una mujer de ingenio y hermosura sorprendente, y nadi ignoraba que el amor había sido el fundamento de su eulace.

El duque de Vaudrey había tenido al menos la delicadeza de la discreción, que no es frecuente.

Los dos esposos pasaban por modelo de matrimonios. Luisa había sabido conservar intacta su reputación.

La noticia de la catástrofe, que cayó como un rayo, sorprendió á todo el mundo.

Se entrevió un misterio, quizás un drama; pero ¿cuál?

A las seis de la mañana se dió la voz de alarma á los moradores de la calle de Messine.

Véase como:

Los dos hermanos eran muy trabajadores.

Todas las mañanas, á las seis en punto, el ayuda de cámara de Santiago Bresson llamaba indefectiblemente á su puerta.

Este criado era un licenciado del ejército y cumplía con exactitud su cometido.

Diez años más joven que su amo, era también bretón, pero bretón de pura sangre, nacido en el mismo castillo de Scaer, en casa de los Bresson, donde su padre, el anciano Cleguer, administraba la hacienda de los banqueros.

El criado se llamaba Juan-Maria, nombre frequentísimo en Bretaña.

Juan-Maria adoraba á sus señores.

Por ellos se hubiera dejado cortar piés y manos.

La amistad de los Bresson y los Cleguer databa de larga fecha.

Unos y otros eran fruto del Morbihan, testarudos,

honrados y leales, valientes é incapaces de la infidelidad más pequeña.

Los Bresson eran los amos y los Cléguer los criados; pero, sin dejar de guardar las conveniencias se entendían á media palabra, y tenían confianza mutua, seguros los Clégues de que los millonarios jamás los abandonarían, y ciertos éstos de la adhesión y fidelidad de sus servidores.

En suma, los Cléguer se consideraban como de la familia, con razón sobrada.

Ahora bien, Juan María estaba receloso, y su recelo no databa de la víspera.

Juan María tenía la vista perspicaz del basilisco y ciertas frases de Luciana, cuando bromeaban juntos, le habían hecho aguzar el oído.

Había, además, que Luisa Renaud, encontraba con frecuencia en las soledades de Scaer y Laugou al hermoso duque de Vaudrey, que no le inspiraba confianza.

El duque jamás había podido captarse las simpatías del leal servidor.

Y, para decirlo todo, Juan María tampoco había visto con gusto el matrimonio de su amo con la hija del coronel.

¿Por qué?

No podía explicárselo.

Juan María sentía, respecto á la deslumbradora rubia una aversión parecida á la que algunos tienen á los ratones y arañas.

Una aversión instintiva.

Guárdabase, sin embargo, de manifestarla.

Ningún criado le ganaba en corrección en su servicio, y se veía obligado á reconocer que la baronesa no daba el menor motivo de censura.

Parecía impecable.

En la mañana del asesinato, Juan María llamó puntualmente á la puerta.

No obtuvo contestación.

Ya conocemos la causa.

Volvió á llamar algo más fuerte.

Igual silencio.

Esto era muy singular, teniendo en cuenta que el amo se levantaba ordinariamente antes que el criado.

Juan María supuso que el barón se había fatigado en el viaje de la víspera, y le concedió media hora más de descanso.

Cuando volvió, tampoco obtuvo respuesta y decidió á entrar en el dormitorio.

Le aguardaba un desconsolador espectáculo.

El barón, completamente vestido, estaba echado en el lecho.

A primera vista podía creérsele dormido.

Pero luego, la lividez de su rostro y sus ojos vidriosos desmesuradamente abiertos, causaban espanto. El barón era de sólido temple.

Se aseguró de que el barón estaba muerto, y no dió un grito.

Después de mirar atentamente á su amo, de examinar la habitación, de ver el arma caída junto al cadáver, de considerar las circunstancias de aquel fin increíble en un hombre dichoso, Juan María,

consternado, pero tranquilo, salió de la habitación, cerró cuidadosamente las puertas, atravesó el jardín común á las dos casas y se fué derecho á la habitación del hermano mayor.

Noel hacia una hora que estaba levantado.

Juan María le halló solo.

El rostro del criado estaba, sin duda, muy expresivo, porque el banquero le preguntó vivamente:

—¿Qué hay?

—Una desgracia,

—¿Qué dices?

—Una desgracia inaudita, increíble.

—¿De qué se trata?

—Apenas me atrevo á decirlo.

—¡Habla, por Dios.....Santiago!.....

—¡Ha muerto!

—¡Muerto!

—Se ha matado.

El barón quedó tan lívido como el cadáver de su hermano.

—¡Imposible!—murmuró.

—Demasiado cierto, señor barón.

—¿Pero cómo?

—Eso es lo que no se me alcanza, y por eso vengo á avisar á usted antes que á nadie.

—¿No has dicho nada?...

—A nadie.

—¿Tampoco á mi cuñada?

—A esa menos—dijo el bretón con mirada singular.

El barón comprendió su pensamiento.

El licenciado supo á la baronesa, ídolo de Santiago, mezclada en el asunto.

El banquero nada dijo y permaneció un minuto anonadado por el desastre.

Un inmenso dolor le acongojaba.

Santiago era para él todo cuanto los demás hombres aman en el mundo: mujer, hijos, familia.

Aquel hombre de aspecto severo y frío, aquella máquina de cifras y cálculos, no tenía en todo su ser más que un punto vulnerable: el fondo del corazón donde aquel grande y puro amor se había reconcentrado.

Justamente allí había sentido el golpe.

Al propio tiempo, como el leal Juan María, y mejor aún que el buen breton, presentía con agudo entendimiento, un secreto horroroso, un drama desconocido, cuyas ocultas causas escapaban á su penetración.

—Vamos,—dijo disponiéndose á seguir al criado.

Juan María volvió en compañía de su amo por donde había venido.

Los dos hombres hallaron en el jardín y en el vestibulo de la casa, á varios criados que iban y venían á sus quehaceres, ignorantes de lo que ocurría.

Nadie sabía nada.

El barón Noel permaneció mucho tiempo ante el cadáver de su hermano, procurando averiguar el secreto que con él bajaba al sepulcro.

Santiago no se había suicidado.

Noel no lo creyó un instante.

Su hermano era un buen católico, y fuerte para soportar las adversidades, como el más esforzado.

Noel además, estaba seguro del cariño de su hermano, el cual jamás hubiera adoptado tal resolución sin revelar el motivo.

Sin embargo, era grande la perplejidad del banquero.

¿De donde venia el golpe?

—¿Quién lo habia dado?

—¿Por qué?

—¿A qué hora ha vuelto Santiago? preguntó al criado.

—Hacia media noche.

—¿Estabas con él?

—Volviamos de Villiers. Don Santiago debía pasar allí la noche, pero cambió de idea.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Al llegar me ha mandado irme á mi cuarto.

—¿Qué aspecto tenía?

—El de costumbre. Hasta parecia bastante satisfecho.

—¿No has oido nada?

—Nada.

—¿No has visto nada?

Juan María hizo un gesto negativo.

—¿Sospechas de alguien?

—No.

—Me ha parecido que desconfiabas de Luisa.

Juan María apretó los labios y calló.

—¿Tienes algún motivo para desconfiar de ella?
Juan María hizo un esfuerzo.

—¿Motivo? no—dijo.—Sólo si me permite usted hablarle con franqueza, oseo que D. Santiago habría recibido algun disgusto por causa de la señora.

—¿Y por qué lo crees?

—Por nada. Es una idea.

—Bien. Es preciso que á nadie lo digas.

En un instante se decidió inquebrantablemente la voluntad del banquero.

Hasta entonces sólo habia tenido un objeto en la vida: los negocios. Dejábese llevar por la corriente, arrastrado por el vértigo del oro, y ocupado en eso de hacinar riquezas que causa fiebre y constituye, por decirlo así, la única pasión y el único resorto de las almas en que impera.

En adelante tendría otro objeto.

Posó sus labios sobre la pálida frente, fria como el mármol, de aquel hermano querido, parte de su ser, de la cual se separaba violentamente, y dijo:

—Sabré y castigaré.

Desde aquel instante su espíritu habia de quedar tenazmente adherido á tal idea, con la tenacidad del campesino de Bretaña.

La antigua sangre que hervía en las venas de los Bresson no habia degenerado en el transcurso de tantas generaciones.

Juan María estaba en pie, junto al lecho, aguardando órdenes.

Noel se volvió.

La habitación del muerto se hallaba decorada con severidad importante.

Estaba cubierta por tapices encastrados por negros marcos lustrosos como el ébano.

Sobre la chimenea había un solo retrato, frente á la alcoba en que yacía el cadáver.

El retrato de la madre de los Bresson.

Noel le contempló un momento é hizo á aquella mujer que había amado á los dos con idéntica tortura, una muda promesa: la de vengar aquel crimen y descubrir su autor, fuera quien fuera, sin acudir á los tribunales de justicia.

Y, como si aquella madre, que tan vehemente mente los había amado, quisiera darle medios para su fin, Noel observó, mientras la contemplaba tiernamente, que bajo el marco del retrato, dejando apenas ver una línea blanca sobre el obscuro lienzo, asomaba un sobre hacia el cual se sintió atraído por misterioso impulso.

Acercóse, extendió la mano y cogió el sobre.

Contenia estas palabras escritas por una mano agitada por la fiebre:

«A mi querido hermano Noel Bresson.»

Abrió temblando el sobre, y sacó de él una hoja de papel de cuadros doble que decía lo siguiente:

«Todas las donaciones hechas por mí á Luisa Renaul, mi mujer, quedan revocadas por causa de indignidad.

«Escrito, fechado y firmado de mi mano, en mi

casa, el 25 de Febrero de 1883, á las doce de la noche.

Santiago Bresson.»

El barón, lleno de estupor, permaneció inmóvil un minuto.

Juan María seguía aguardando sus órdenes.

Noel lo vió y volvió á la realidad de la situación.

Recobró su sangre fría, dobló el papel, lo volvió á encerrar en el sobre y lo guardó en su cartera sin, decir una palabra.

Y dirigiéndose á Juan María:

—Dí á mi cuñada que haga el favor de venir en cuanto pueda.

El criado iba á salir.

El barón le detuvo.

—Sin decirle nada más, añadió poniendo el dedo sobre los labios.

El barón acababa de ver claro.

Luisa, aquella mujer á quien idolatraba por amor á su hermano, dueña de toda su amistad y soberana absoluta en aquella casa, había faltado á sus deberes.

No podía dudarle.

Aquella carta, confiada por Santiago á su madre que la había entregado puntualmente, decía en su sencillez todo lo necesario.

El «por causa de indignidad» era una acusación demasiado clara que el muerto, amante como nadie de la justicia, no hubiera formulado de no tener pruebas evidentes de la falta.

Pero esta revelación aumentaba precisamente las dudas del barón.

Santiago, herido por un golpe terrible, al sorprender, por ejemplo, en su casa, la prueba de la traición de Luisa, ó á su cómplice en persona, habia podido perder la razón repentinamente, teniendo en cuenta la adoración exclusiva, que, en su ciega pasión, sentía por la criminal esposa.

Quizá se habia suicidado.

Pero esto era inverosímil.

Noel no comprendía esta debilidad en su hermano; mas, por otra parte, su equidad le impedía acusar á los culpables y sobre todo, á castigarlos sin pruebas precisas, mientras conservarse un átomo de duda.

Esta duda tenía que disiparse. Quería prueba plena.

El castigo sería tanto más terrible, cuanto más completa fuese la certidumbre del delito.

Hasta adquirirla era preciso disimular, adormecer á los culpables en la esperanza de salir impunes y dejar que se vendiesen ellos mismos con sus propias imprudencias.

Estas reflexiones las hizo el banquero en un segundo.

Esperando á Juan María, estudió el aspecto de la habitación, para conservarlo indeleble en la memoria.

No presentaba ninguna huella de lucha.

La baronesa todo lo habia previsto y arreglado con maravillosa sangre fría.

Santiago conservaba la levita abrochada como de costumbre. El paño solo presentaba dos pequeños agujeros enrojecidos por un poco de sangre seca.

La pistola descargada era de las que solía usar algunas veces, pero el barón no podia explicarse la existencia de los dos revólvers cargados.

Parecióle, además, al abrir ciertos cajones, que habian sido registrados minuciosamente, sin tiempo para arreglar el desorden, y tembló al pensar que el papel que habia guardado en su cartera era acaso el objeto de las infructuosas pesquisas.

Pero, si estas indagaciones y reflexiones probaban la culpabilidad de la hija del coronel, nada aclaraban respecto á su cómplice.

Lo importante del asunto quedaba, pues, rodeado de obscuridad impenetrable.

Dejóse, por fin, de reflexiones; corrió las cortinas de la alcoba para ocultar por de pronto el cadáver á la baronesa, y esperó su venida con la cabeza entre las manos, hundido en una ancha butaca.

No debía aquella tardar en presentarse.

Un ligero ruido de ropas en la alfombra del salón inmediato sacó al barón de sus meditaciones.

Hinchósele el pecho. Iba á empezar la lucha.

Luisa se detuvo en la puerta. En su rostro aparecía una sonrisa que debió costarle terrible esfuerzo.

—¿Eres tú, Noel, quien me llama? dijo. Creía que que era mi marido. ¿No ha vuelto todavía?

El banquero eludió la pregunta.

—Dispensa que te moleste, dijo. Tengo que hablarte, y el asunto es gravísimo.

—¿Gravísimo? exclamó la baronesa con viveza. No te comprendo. ¿Qué puede ocurrir? ¿Se trata de dinero?

—No.

—¿Pues de qué entonces?

Hablaba tranquilamente, como llena de curiosidad por una visita inesperada, pero serena, y dueña de sí misma.

Su aplomo desconcertó al banquero, que llegó á pensar que acaso ignoraría la desgracia.

—¿No has ido á Villiers con Santiago? añadió la baronesa.

Villiers era una magnífica propiedad de los dos hermanos en Seine-et-Marne, entre Corbeilly y Melun.

—No, dijo Noel. El se ocupa de las tierras, como sabes. Yo estoy siempre en la brecha.

—Quería acompañarle; pero me ha negado ese gusto.

—Porque no te fatigases. El campo no tiene ahora ningún atractivo.

El banquero la examinaba con penetrante mirada.

Imposible comprender ningún indicio en aquella máscara hermosa y fresca. Ninguna turbación. Solo alguna inquietud en sus ojos; inquietud que se explicaba naturalmente por la visita matinal de que era objeto.

—¿No me dices á que vienes? preguntó Luisa.

—Cierto. Estoy muy turbado.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—Me extraña.

Ha ocurrido un..... accidente que me consterna. Lo confieso.

—¿Es posible?

—¡Ay!

Expílicate. Me das miedo.

—¿Amabas á tu marido, Luisa?

—¿Lo dudarías?

—El, te adoraba. Todo lo eras para él, su orgullo, su alegría....

—Y espero serlo mucho tiempo.

—¿Quién sabe?..... La vida tiene inesperados revesses.

—¿Qué quieres decir?

—Debes figurarte que no habré venido á molestarte sin causa.

—¡Expílicate, por Dios! Tus enigmas me matan.

—¿Qué hay? ¿Alguna desgracia?

—¡Ay, sí, irremediable!

—¿Pero, ¿qué es? exclamó. Dime la verdad, por horrible que sea. ¿Ha muerto acaso Santiago?

—Luisa, valor.

—Valor, pues ya lo tengo.

—Se ha suicidado.

—¿Suicidio!

—Sí.

—¿Dónde está?

—Cerca de nosotros.

—¡Ah!—dijo Luisa abalanzándose al lecho cuyas cortinas descorrió bruscamente el banquero.

La baronesa retrocedió.

Hubo entre los dos cuñados una escena muda, pero horrible.

El mayor de los Bresson como un juez, hundía su mirada en los ojos de la joven, colocada ante su víctima.

Buscaba un grito, una confesión, un desmayo, que fuesen para él una revelación.

Pero las facciones de Luisa sólo expresaron la desolación más espantosa.

Cayó de rodillas, apoyó la cabeza en el lecho, y Noel la oyó murmurar entre sollozos:

—¡Oh, Dios mío, Dios mío,

Cuando se recobró de aquella postración dolorosa, el barón la esperaba sentado en un diván y la atrajo á su lado.

Entonces le habló con dulzura.

—¿Nada te hacía presumir esta desgracia?

—Nada.

—Santiago era dichoso ayer.

—Sí; ó al menos parecía.

—Yo—siguió el barón—no le conocía ningún pesar...¿Y tú?

—Ninguno.

—¿Te confiaba sus más ocultas ideas?

—No, puesto que me ocultaba este proyecto.

Aumentó el llanto de Luisa.

—Es un mal que no tiene remedio—continuó Noel. Si lo tuviese lo hallaríamos en nuestro común afecto. Eramos tres, Luisa; en adelante sólo seremos dos. Espero que nuestra unión permanecerá inquebrantable como antes de este terrible golpe. Esta prueba servirá para afirmarla. No comprendo la causa de su extraña resolución. Sólo puede explicarse por un acceso de locura.

Se encargó de todo lo relativo á las ceremonias fúnebres; se prometió engañar á las gentes y mostró grande afecto á la joven viuda, cuyo dolor no tenía más límites que el reconocimiento que aquella había prometido á Luciana.

Noel no dejó traslucir la menor sospecha ni pareció dudar de que el trágico fin de su hermano era debido á un rapto de locura.

Aquel mismo día el duque de Vaudrey, al examinar un periódico de la mañana, pudo leer con reconcentrada alegría esta breve noticia:

«La gente de negocios ha sabido con asombro profundo en la mañana de ayer, la muerte tan repentina como inesperada de uno de los próceres de la banca seria, de la que negocia con los buenos comerciantes é industriales. Nos referimos al barón Santiago Bresson, el menor de los dos hermanos Bresson, cuyo abuelo fué proveedor de los victoriosos ejércitos del primer imperio.

«Se le ha encontrado muerto en su lecho á eso de las siete, cuando su criado fué á despertarle, según tenía por costumbre.

«El fallecimiento debió ocurrir á las doce de la noche.

«Nadie, en la suntuosa casa que el banquero ocupaba en la avenida de Messina, cuya causa ha debido ser un aneurisma.

«El baron contrajo matrimonio hace unos siete años con la hija del valiente coronel Renaud, muerto en Sedan.

«Fué un enlace por amor, justificado por la irresistible hermosura de la que, á pesar de su modestia, siempre ha sido llamada después la hermosa señora de Bresson.

«Se asegura que el marido, que la adoraba, le ha legado por testamento, la mitad de sus bienes, cuya cifra no podemos precisar por ahora. Personas bien informadas afirman que debe ascender á unos treinta millones.

«La joven viuda está inconsolable.

Huberto de Vaudrey se alivió de un peso enorme.

Habia desaparecido toda sospecha.

La tierra iba á cubrir á la vez el crimen y la víctima.

Casi al mismo tiempo recibía un billete de dos renglones traído por Luciana.

«Ningún peligro—decía la esquelá.—Ha sido un interrogatorio. La crisis ha pasado. Prudencia y misterio, todo ha concluído.—Tuya.»

A los cuatro días la baronesa halló ocasión de dar una cita á su amante, por la noche en Cours-la Reine.

Se hallaron junto al puente de los Inválidos, en las inmediaciones de unos solorares donde se verificaban en verano los conciertos del Jardín de Paris, al extremo de la Avenida de Antin.

Luisa Renaud, de luto riguroso, estaba más seductora que nunca.

Dijo al duque que el barón Noel la manifestaba igual cariño que antes; que no oponía objeción alguna á sus derechos á la donación de su marido, donación que conocía perfectamente porque entre los dos hermanos no había secretos; que el banquero le había propuesto, conforme á la voluntad manifiesta de Santiago, la indivisión de todos los bienes, como en vida de los dos hermanos; que él se encargaba de todo para evitarle la molestia de la administración, al menos mientras permaneciese viuda, pues le había declarado con suma delicadeza, que, á su juicio, era demasiado joven para condenarse, á pesar de su dolor á soledad perpetua.

Todo marchaba, pues, perfectamente bajo un cielo sin nubes.

Los dos amantes se pusieron de acuerdo y trazaron el plan de su futura conducta.

La baronesa se mostró más apasionada, el duque más cuidadoso y sombrío.

La manifestó que debían tener suma reserva é imponerse por prudencia una separación momentánea; confió á su amante que desde la noche fatal, Paris le parecía insoportable; que tenía necesidad de cambiar de aires y que en cuanto mejorase el

tiempo, se iba á su castillo de Luagon, en Bretaña; que sus asuntos estaban en tan mal estado que habia confiado su arreglo á su notario, y se veia comprometido á hacer las economías necesarias mientras llegaba la época en la cual pudieran casarse.

La Bretaña atraía á la joven viuda.

¿No era en ella donde se habian conocido?

¿No era en las landas de Scaer donde habian principiado sus novelescos amores?

¿No podría el duque venir á París con cuanta frecuencia quisiera, y no se reunirían en el Morbihan durante el verano, sin inspirar sospechas, puesto que Scaer, Plelau y Laugou estaban inmediatos?

Al contrario, la intimidad de los dos amantes podía así hacer crecer y desarrollarse del modo más natural.

Allá, en fin, en aquella comarca salvaje, creía la baronesa que el duque sería más suyo que en París, donde le inspiraban recelos las demás rivales.

El proyecto de retirada de su amante la causó alegría.

Repitióle su frase de una noche fatal.

—¡Te adoro y nada nos separa!

Al separarse estaban completamente de acuerdo.

A la misma hora, el barón Noel, el conde Hugo de Plelau y Renaudet conferenciaban en el despacho del banquero.

El barón leyó á sus amigos la última voluntad de su hermano que él solo conocía.

—Señores—dijo,—Luisa Renaud tenía un amante y mi hermano ha sido asesinado. Incumbencia nuestra es descubrir á los asesinos y juzgarlos.

VII.

PLELAU, SCAER Y LAUGOU.

El camino de Rennes á Ploermel, que llega hasta el confín del Morbihan, atraviesa un país agreste, casi completamente deshabitado en un trayecto de siete ú ocho leguas.

El centro de esta considerable extensión lo ocupan por completo tres posesiones, que harían las delicias del parisiense más amante de la caza.

Los pescadores de caña podrían también sumergirse allí en un verdadero océano de gooses, porque las lagunas son tan frecuentes como los bosques y matorrales y multitud de arroyos, con honores de ríos, el Gaer, el Oyon, la Seille y otros muchos, llena la landa de estanques llenos de peces.

Estas posesiones se llaman Plelau, la finca del conde Hugo; Scaer, tierra solariega de los Bresson, y Laugou, el mejor castillo de los duques de Vandrey.

Plelau, Scaer y Laugou están como los tres pies de unas trébedes, según la expresión local, á tres leguas próximamente el uno del otro; pero Plelau